

Dioses y ritos del antiguo Perú

Por J. Alden MASON

Es probable que las antiguas religiones en todo el Perú andino se parecieran en sus rasgos generales, si bien se diferenciaban grandemente en los detalles y en los nombres de las deidades. El resumen siguiente, al igual que los que hemos hecho en este libro acerca de otros aspectos de la vida del Perú antiguo, se refiere en especial a los incas o quechuas del distrito del Cuzco, la única región de la que tenemos información abundante.*

En los tiempos del Imperio, el Estado se encargaba de establecer y de sostener económicamente la religión; todo hace pensar que en la América aborigen fue éste el único ejemplo de una Iglesia establecida. En esencia debía de estar basada en las viejas creencias de los quechuas de la región del Cuzco. Había un dios principal, y otros dioses y diosas de mayor o menor importancia, espíritus u objetos animistas locales, espíritus incorpóreos y espíritus separados temporalmente de cuerpos físicos. En los últimos años del Imperio, la religión disponía de una organización en la que la pompa del ritual y el ceremonial eran factores primordiales. Sus fines principales consistían en el incremento y conservación de las reservas de alimentos y la curación de los enfermos. El elemento espiritual, el misticismo y la ética no pragmática tenían poco que ver con ella. Sin embargo, se daba importancia a los conceptos de pecado, confesión, penitencia y purificación. Uno de los deberes fundamentales del clero consistía en la adivinación; y el sacrificio a los dioses era uno de los principales elementos en casi todos los ritos.

La deidad suprema era el Creador, al que se conoce generalmente como *Viracocha*, aunque al parecer este nombre era solamente uno de sus muchos títulos. Se dice que en realidad no tenía un nombre verdadero, pero, como el de los dioses supremos de algunos otros pueblos, su nombre pudo haberse considerado demasiado sagrado para ser pronunciado y, por lo tanto, no lo conocieron los cronistas. Su apariencia era la de un hombre, y así se le representaba en las imágenes de los templos. Era inmortal y el creador de todas las cosas, incluyendo a las otras deidades. Era el equivalente sobrenatural del emperador de los incas. Garcilaso se equivoca probablemente cuando identifica a Viracocha con Pachacamac, una deidad de los habitantes de la Costa central donde había un santuario famoso en todo el Perú, dedicado a él. A Viracocha se le consideraba también un héroe cultural que enseñó a su pueblo cómo vivir. Después de la Creación, esta deidad intervenía poco en los destinos humanos, permaneciendo en el cielo como una divinidad benigna y, por consiguiente, no muy venerada, al menos por el pueblo común. El emperador y los nobles lo invocaban con más frecuencia, sobre todo en los tiempos difíciles.

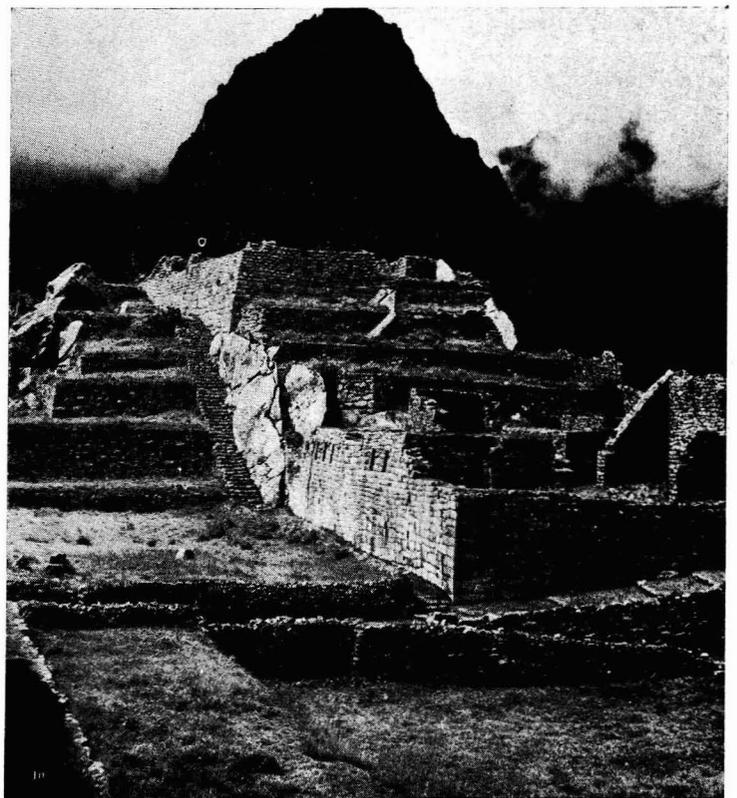
El dios creador era al parecer una deidad fundamental muy antigua en el Perú. Means cree que se trata del mismo dios que era venerado en Tiahuanaco, posiblemente bajo algún nombre que no era quechua. Viracocha se asemeja en muchos aspectos al dios mexicano Quetzalcóatl que también fue un héroe cultural. Según la mitología incaica, Viracocha, después de recorrer todo el país instruyendo a su pueblo, partió desde las costas del Ecuador a través del Pacífico, caminando sobre las olas. Como Cortés en México, Pizarro y sus hombres fueron tomados por el dios que regresaba: a partir de esa época y todavía hoy día hay lugares en los que se da el nombre de Viracocha al hombre blanco. Ahora que los antropólogos están prestando más atención que anteriormente a los posibles viajes e influencias transpacíficos precolombinos, parece indicada una nueva evaluación de estas antiguas tradiciones americanas de héroes culturales. En años posteriores, el término Viracocha parece haber sido equivalente a "Señor", y la analogía semántica de ambos términos con su empleo en algunos idiomas europeos es obvia.

Al parecer, el culto a Viracocha era practicado principalmente, si no es que en forma exclusiva, por las clases superiores; y más bien como una religión filosófica que animista. El emperador Viracocha atribuyó la derrota de los chancas y la conservación de la hegemonía inca a su dios homónimo, y procuró reavivar y estimular su culto. Construyó dos templos en honor de Viracocha, los dos únicos que existen en el Perú, uno en el Cuzco y otro en Cacha. Este último (lámina 14 a), a juzgar por las ruinas que todavía subsisten, fue uno de los más grandes triunfos de la arquitectura peruana. El muro intermedio,

que todavía se encuentra en buena condición, media más de 90 metros de largo y 15 de alto. La parte inferior, hasta una altura de unos 2.5 metros de alto, es de excelente mampostería, y sobre ella se alza un muro de adobes de más de 12 metros de altura. Los muros tienen un espesor de 1.50 a 1.80 metros, y el edificio consta de tres pisos. Más importantes que Viracocha, en lo tocante a los asuntos de la vida ordinaria, eran las deidades del cielo, tales como los dioses y diosas del sol, la luna, las estrellas y el trueno; así como las diosas terrenales (las de la tierra y el mar). Todas ellas eran servidoras del Creador. De todos los cultos, probablemente el de mayor antigüedad e importancia, así como el más extendido fue el de la Tierra Madre, a la que más dirigía sus súplicas el labrador.

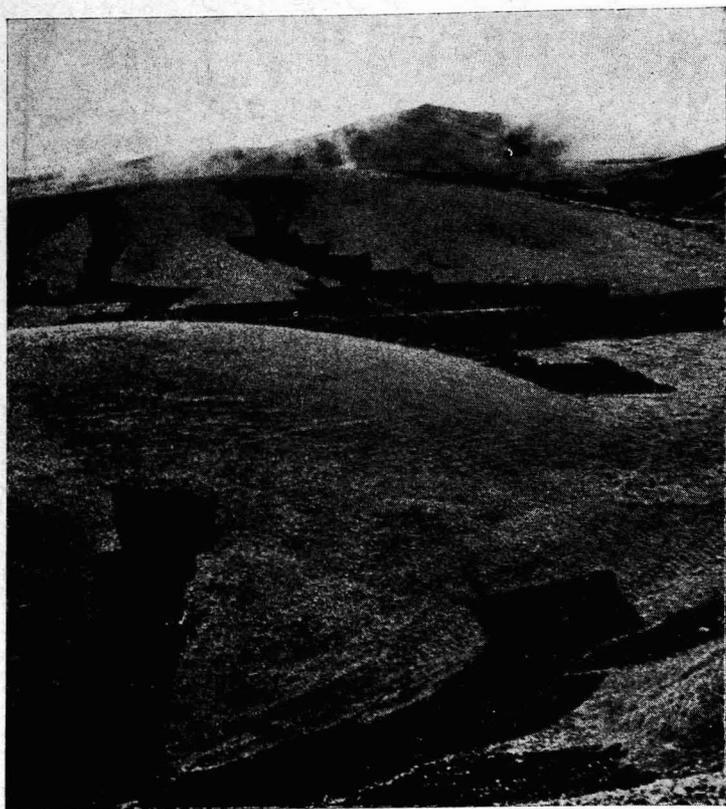
Los incas fueron adoradores del sol. El Sol, *Inti*, era la deidad principal y el progenitor de la dinastía real. Aunque los sacerdotes y las Mujeres Escogidas servían a todos los dioses, el Sol destacaba tanto respecto a los demás, que los cronistas siempre se refieren a estas mujeres como las "Vírgenes del Sol", y a los santuarios como "Templos del Sol". El sol y la lluvia, de los que dependen las cosechas, suelen ser el interés principal de casi todos los pueblos agrícolas. Aunque parece que se le concebía como un hombre, se le representaba por lo general (como suele hacerse hoy día) con una cara humana rodeada de rayos. Naturalmente, el disco casi siempre era de oro, y el que se encontró en el Coricancha, el gran "Templo del Sol" en el Cuzco, era inmenso. Uno de los relatos más citados de la conquista española es el del soldado español Sierra Leguizano a quien, habiéndole correspondido el gran disco de oro como parte del botín, lo perdió en el juego aquella misma noche, y la tradición popular dice que éste fue el origen del proverbio español "jugar el sol antes que salga". Es de sentirse, pero la investigación histórica iconoclasta demuestra que, por entonces, el disco del sol ya no estaba allí, y que la pieza de oro que le correspondió a Sierra de Leguizano, aunque valiosa, debió sin duda ser algún objeto más utilitario. Por otra parte, los investigadores del folklore hispánico a deben de haber encontrado otro origen para el famoso proverbio.

Naturalmente, el dios del Trueno o del Tiempo era la divinidad siguiente en importancia. A él se le rogaba que enviara la lluvia. El nombre *Illapa* corresponde tanto al trueno como al rayo. Se le representaba con la figura de un hombre resplandecientemente vestido y llevando como armas una honda y una maza. Según un mito, su hermana guardaba la lluvia en una jarra que Illapa rompía con su honda cuando se rendía a los ruegos de los habitantes de la Tierra, los cuales ansiaban el lí-



"a juzgar por las ruinas que todavía subsisten"

*Fragmento del libro *Las antiguas culturas del Perú*, de próxima aparición (Fondo de Cultura Económica).



"la Tierra Madre a la que más dirigía sus súplicas el labrador"

quido de las nubes. El restallar de la honda al soltarla era el trueno, la piedra era el rayo, y el relámpago era el fulgor de las vestiduras del dios. El agua de la lluvia venía del río celestial, o sea la Vía Láctea. A Illapa se le identificaba con una constelación.

La Luna, *Mamaquilla*, era una diosa, esposa del Sol, a la que no se veneraba mucho. Tenía que ver con el calendario y las fiestas y labores relacionadas con él. Las creencias respecto a los eclipses de la luna son semejantes a las que son comunes en otros muchos lugares del mundo: una serpiente o puma que intentaba devorar a la diosa Luna. A aquélla se le ahuyentaba con amenazas y ruidos.

Los conocimientos populares que los incas tenían de los astros eran bastante amplios. Aunque parece que no existía un verdadero zodiaco, muchas de las estrellas y constelaciones tenían nombres y aparentemente se consideraba que eran deidades que vigilaban a los seres terrestres y también ciertas actividades. Venus, la Estrella de la Mañana, era una figura importante en esta mitología. Las Pléyades cuidaban de las semillas, y otra constelación —a la que se atribuía el aspecto de una llama moteada— velaba por los rebaños. Otros animales salvajes tenían también sus estrellas tutelares.

Las diosas de la tierra y del mar, *Pacamama* y *Mamacocha*, eran importantes tierra adentro y en la costa, respectivamente. Sus funciones estaban relacionadas con la agricultura y la pesca.

La palabra *huaca* o *guaca* era y todavía es de gran importancia en el Perú. Originalmente significaba "lugar sagrado" y en este sentido la utilizan los indios hoy día. Sin embargo, entre los españoles y los mestizos se aplica también a alguna de las grandes pirámides de adobe de la Costa, o a cualquiera de las tumbas indias de interés arqueológico; y al bribón indígena que se dedica a excavar tumbas y vender su contenido (la fuente principal de la mayor parte de las colecciones en los museos) se le conoce hoy día como *huaquero*. La forma masculina *huaco* se aplica ahora a cualquier vasija de cerámica procedente de estas tumbas.

Tanto en el Perú antiguo como en el moderno, había miles de huacas que lo mismo podían ser grandes templos que colinas, manantiales y montones de piedra. Se creía que cada una era —o albergaba— un espíritu que podía ser malévolo y al que había que complacer o aplacar con algún regalo o sacrificio siempre que se pasara por sus cercanías. Los indígenas conocían sólo las huacas que estaban en las inmediaciones del lugar donde vivían. Uno de los cronistas menciona trecientas cincuenta dentro de un radio de 32 kilómetros en torno al Cuzco. Los manantiales y las piedras eran las huacas más numerosas, pero las colinas, las cavernas, las raíces, las canteras, los fuertes, los puentes, los palacios, las prisiones, las casas, los lugares de reunión, los campos de batalla, las piedras fronterizas que marcaban los límites de los campos, los guardianes de éstos, los indicadores del calendario y otros objetos similares, estaban

incluidos también en esta categoría, así como los templos, las tumbas y los lugares históricos y mitológicos. Las montañas y las colinas eran consideradas sagradas con mucha frecuencia y, en general, eran más importantes cuanto más altas fueran. Se reverenciaba o adoraba a todas las cumbres cubiertas de nieve, y varias colinas alrededor del Cuzco, especialmente sagradas, se suponía que representaban emperadores muertos u otros personajes. Desempeñaban, por lo tanto, papel importante en ciertas ceremonias.

Especialmente sagrada era una piedra en la colina Huana-cauri, cerca del Cuzco, la cual se suponía representaba a uno de los hermanos del gran emperador Manco Capac y, consiguientemente, protegía a la dinastía. Probablemente la misma ciudad del Cuzco se consideraba que era una huaca.

Se pensaba que las huacas de la región del Cuzco estaban situadas en líneas que irradiaban desde el Templo del Sol. Tres de las cuatro partes en que puede considerarse que estaba dividida la región tenían cada una nueve de estas líneas irradian-tes: la cuarta o Contisuyu, quince. En las tres primeras, las líneas estaban dispuestas en tres grupos de tres cada uno y en cada línea había de cuatro a quince huacas. Naturalmente las líneas no eran perfectamente rectas.

Las únicas dos orientaciones que tenían importancia ritual entre los incas eran el este y el oeste, que desde luego eran significativas debido a la salida y a la puesta del sol. Las huacas de la vecindad del Cuzco se clasificaban según su localización dentro de cada una de las cuatro secciones de la zona. Éstas correspondían a las cuatro partes que constituían el Imperio; se consideraban las dos del norte como el Cuzco Alto y las dos meridionales como el Cuzco Bajo. A cada parte la controlaban los ayllus reales que habitaban en ella.

Otro tipo diferente de huaca, llamada *apachita*, consistía en una especie de montón de piedras o *cairn*, situado en el camino, en los lugares peligrosos o importantes, donde los viajeros se detenían para rogar por su seguridad y fortaleza. Aquí el viajero podía añadir una piedra a la pila o depositar cualquier cosa de poco valor, por ejemplo un pedazo de tela usada, un poco de coca, o simplemente un puñado de paja. Esta costumbre todavía perdura.*

Puede decirse que cualquier cosa rara o extraordinaria se consideraba sagrada y adquiría categoría de huaca; así ocurría, por lo tanto, con los niños gemelos, con las personas con más dedos de lo corriente, las plantas de formas extrañas, y, desde luego, con los cadáveres. Había huacas portátiles, amuletos y talismanes; éstos podían ser: piedras naturales con la forma de alguna cosa conocida, cristales, bezoares o, en fin, cualquier objeto que pareciera raro.

Los fetiches domésticos andinos, equivalentes a los lares y penates de los romanos, eran los guardianes de la familia. Se conservaban metidos en nichos y se pasaban de padres a hijos. Cada persona tenía también un fetiche individual, en el que se suponía residía su espíritu tutelar, que era considerado como su hermano gemelo o *huauqui*. Los bezoares eran fetiches caseros comunes, que se apreciaban en el siguiente orden: los que procedían de vicuñas primero, seguían los de ciervo, de guanaco y de llama.

Esta creencia animista en el espíritu de los objetos inanimados está muy difundida y es casi universal entre los pueblos primitivos y fundamentalmente en la región andina donde debió de existir desde mucho antes del Imperio.

Además de los espíritus estacionarios de las huacas, había también otros tipos de espíritus. A los menores se les consideraba malévolos y eran muy temidos. Como también ocurre en muchas sociedades formadas por individuos con un modo de pensar aparentemente más lógico, las creencias sobre los espíritus de los muertos presentan ciertas contradicciones, y no se comprendían las incompatibilidades implícitas en dichas contradicciones. Los espíritus de los muertos iban al "cielo" o al "infierno", pero, no obstante, algunos podían quedarse también vagando en torno a sus antiguos hogares, molestando (aunque con el propósito de ayudar) a los vivos. A los muertos les gustaba que llevaran sus "momias" a disfrutar de las fiestas, y esperaban que, de cuando en cuando, les dieran comida y chicha. El culto a los muertos era muy importante.

El "cielo" era donde estaba el Sol, y allí los buenos disfrutaban de la vida, de un modo muy semejante a como se hace en la tierra, comiendo y bebiendo abundantemente; mientras que los que habían sido malos iban a parar al infierno subterráneo donde siempre hacía frío y donde no se comía más que piedras. Sin embargo, la nobleza era *ipso facto* inocente; todos iban al cielo.

*Curiosamente, esta costumbre se observa también en muchas partes de Centroamérica. [E.]